

fieras miradas el terror sembrando.

Como lebre que á jabali cerdoso,
ó á tostado leon, sigue el alcance
en rápida carrera, y ya las corvas,
ya las ancas le muerde, con recelo
mirando si la fiera da la cara;
así Héctor perseguía á los Aquivos,
siempre matando al último, y cobardes
ellos se abandonaron á la fuga.

Mas apénas del foso y la estacada
pasado hubieron, cuando ya murieran
á manos de los Teucros muchos héroes,
al pié de los bajeles se pararon.
Hicieron todos frente al enemigo,
y en voces clamorosas se animaban
á pelear; y á los eternos Dioses,
levantadas las manos y afligidos,
en alta voz rogaban que tuviesen
de ellos piedad; pero en veloz carrera
Héctor por todas partes conducía
sus ligeros bridones, retratando
en su vista el furor de la Gorgona
ó del fiero Mavorte. Cuando Juno
así vió perecer á los Aqueos,
hubo de ellos piedad; y vuelta á Pálas,
en agitada voz así decía:

«¡Hija de Jove! ¡ay triste! ¿y ya nosotras,
áun viéndolos morir, no cuidaremos
de los Aquivos, aunque tarde sea?
Ellos, cediendo á su fatal destino,
á millares perecen, acosados
por un solo guerrero; y tolerable
la arrogancia no es ya con que furioso
Héctor, hijo de Príamo, los sigue,
estrago mucho en su escuadron haciendo.»

Minerva respondió: «Ya perecido
hubiera ese mortal há muchos dias,
aquí mismo, en su patria, por la diestra
de los Griegos vencido; pero Jove,
cual demente furioso, se ha entregado
á fatales consejos. ¡Inclemente,
inexorable y duro! que mi furia
y ardor reprime, y ni se acuerda ahora
de que á su Alcides yo no pocas veces
de la muerte libré, cuando Euristeo
con tan duros trabajos le oprimia.
Lloraba el infeliz, volviendo triste
al ancho cielo sus dolientes ojos,
y Jove del Olimpo me enviaba
para que le salvase. Si yo hubiera

entonces presentido que este pago
me reservaba; cuando al hondo averno,
con las herradas puertas defendido,
le mandó aquél bajar y que trajera
del temido Pluton el perro enorme,
no así hubiera escapado de las hondas
corrientes de la Estigia. Me aborrece
ya Júpiter á mí, y escucha solo
las súplicas de Tétis, porque humilde
abrazó sus rodillas, y elevada
la mano hácia su rostro, le ha pedido
que vengar quiera al esforzado Aquiles.
Mas ya llegará dia en que me vuelva
á llamar en acento cariñoso
la su Minerva de los ojos verdes.
Ahora los caballos nos apresta,
mientras que yo, de Júpiter entrando
en el alcázar, el arnés me visto
para el combate. Entónces ya veremos
si de Príamo el hijo, el furibundo
Héctor, se alegra cuando á vernos llegue
por las filas correr de los Aquivos;
que alguno de los Teucros, derribado
al pié de los navíos de la Grecia,
servirá con su carne delicada
á los perros de pasto y á las aves.

Dijo Minerva, y aprobando Juno
su consejo, solicita corria
en torno á sus caballos inmortales,
trenzando en oro sus hermosas crines,
y al carro los unció. Y en tanto Pálas,
de su padre en el áureo pavimento,
dejó caer el manto rozagante
de variado color, que con sus manos
ella misma labrara, y la loriga
de Júpiter habiéndose ceñido,
con su propia armadura refulgente
se armó para la guerra luctuosa.
Subió despues en el brillante carro
con pié ligero, y empuñó la pica,
y ambas encaminaron los bridones,
que dóciles al látigo, volaban.
Pero habiéndolas visto desde el Ida
el padre Jove, en cólera inflamado,
á Íris mandó que, desplegando al aire
las alas de oro, á detenerlas fuese.

«Íris (la dijo), rápida volando,
haz que vuelvan atrás; y no las dejes
venir á mi presencia, que la lucha
de ellas conmigo desigual sería.

Dilas tambien (y lo verán cumplido)
que si atrevidas adelante pasan).
yo encojaré bajo del mismo carro
sus ligeros bridones, de la silla
las derribaré en tierra y su carroza
haré menudos trozos, y en diez años
sanas no se verán de las heridas
que las hará, si á despedirle llego,
mi rayo abrasador. Verá Minerva
cuán flaco es su poder, si con su padre
se atreve á combatir. Yo contra Juno
no estoy tan irritado, ni me ofende
tanto su audacia, porque suele altiva
siempre oponerse á lo que yo deseo.»

Así Júpiter dijo, y como el rayo
rápido rasga la celeste nube,
Íris el aire hendiendo, deseosa
de llevar el mensaje, de los montes
voló del Ida á la region del éter.
Y habiéndolas hallado en la primera
entrada de las sierras del Olimpo,
las hizo detener, y así de Jove
las anunció el mandato: «¿Adónde, ardiendo
en inútil furor, tan atrevidas
camináis? ¿Qué demencia así ha ofuscado
vuestra razon? El hijo de Saturno
no os permite ayudar á los Aqueos,
y esta amenaza os hace, que cumplida
será tal vez, si despreciais su aviso.
Yo encojaré, decía, sus bridones
bajo del mismo carro, del asiento
las derribaré en tierra, y su carroza
haré menudos trozos, y en diez años
sanas no se verán de las heridas
que las hará, si á despedirle llego,
mi rayo abrasador. Verás, Minerva,
cuán flaco es tu poder si con tu padre
entrarés en batalla. Contra Juno
no está tan irritado, ni le ofende
tanto su audacia, porque suele altiva
siempre oponerse á lo que aquél desea.
Pero tú, ¡furibunda! ¡temeraria!
¿cómo hallarás clemencia, si orgullosa
á alzar te atreves contra el padre Jove
la formidable lanza.» Así decía
Íris veloz, y en vagaroso vuelo
descendió del Olimpo. Entónces Juno
estas breves razones dijo á Pálas:
«¡Volvamos ya, Minerva! En adelante
yo no permitiré que contra Jove

osemos guerrear, de los humanos
por causa. Que uno viva y otro muera
como disponga el hado; y el Saturnio,
pues á él le toca, delibere y haga
lo mejor, y á los Griegos ó Troyanos
dé la victoria con balanza justa.»

Dijo, y torció la rienda á los bridones,
y al Olimpo llegadas, del brillante
carro las estaciones los quitaron.
Y á los pesebres puestos en que toman
el alimento que inmortales hace,
la carroza arrimaron del alcázar
al reluciente muro, y ambas Diosas
sobre los áureos tronos se asentaron,
mezcladas con los otros inmortales
y lleno el corazon de amarga pena.

Desde el Gárgaro luego el padre Jove
dirigió sus caballos al Olimpo
y su voluble carro, y á la eterna
mansion llegado de los Dioses, pronto
sus caballos el ínclito Neptuno
desunció. Y en su puesto colocada
la alta carroza, delicados velos
extendió en torno de ella, y al sentarse
airado Jove en el excelso trono,
tembló bajo sus piés el vasto Olimpo.
Solas, y léjos de él, á un lado estaban
Juno y Minerva; y en silencio mudo,
ni osaban saludarle, ni decirle
de su dolor la causa y su tristeza;
pero él la conoció, y así las dijo:

«¿Por qué, Juno y Minerva, taciturnas
y afligidas estais? Pues largo tiempo
combatido no habeis en la batalla,
destrozando de Troya las falanges
que tanto aborreceis. Los Dioses todos,
cuantos son del Olimpo habitantes,
no en fuga me pusieran, si conmigo
entraran en combate: tal la fuerza
es de mi brazo invicto y la pujanza.
Así de vuestros miembros delicados
se apoderó el temblor, ántes que vieseis
la sanguinosa lid y mis hazañas.
Mas os digo, y lo hubiera ejecutado:
heridas ambas por el rayo ardiente
que mi diestra despide, al vasto Olimpo,
de los Dioses morada, en la carroza
no hubierais vuelto más.» En voz terrible
Júpiter así habló, y aunque Minerva
en ira arder su corazon sentia,

permaneció en silencio; pero Juno á Jove respondió: «¿Qué pronunciaste, hijo terrible de Saturno? Todos sabemos bien que tu poder excede al de los Dioses todos; mas lloramos la suerte de los Griegos, que cumplido su destino fatal, están ya cerca todos de perecer.» Mas irritado Júpiter, replicó: «Verás mañana, si verlo quieres, altanera Diosa, al hijo poderoso de Saturno destrozar de los Príncipes aqueos el numeroso ejército; que el fuerte Héctor no ha de cesar en la matanza, hasta que de sus naves salga armado el hijo valeroso de Peleo el día que en las popas se batalle, retirada hasta el mar la hueste aquea, por el cadáver de Patroclo. El Hado lo tiene así dispuesto, y no me curo de que enojada estés. Huye en buen hora á la oscura caverna donde yace, de la tierra y el mar en los confines, Japeto con Saturno, sin que gocen ni de la luz del sol que nos alumbraba ni del aura vital; que rodeados están de eterna oscuridad profunda. Si allí irritada, y del Olimpo huyendo, á ocultarte corrieras, no excesivo sería mi dolor. Yo bien conozco que no hay otra Deidad más atrevida que tú.» Calló el Tonante y en silencio también quedó la Diosa.

Ocultábase ya la luz ardiente del sol, trayendo sobre la alma tierra la negra noche, y triste á los Troyanos la ausencia fué del sol; pero á los griegos grata la noche tenebrosa vino, y deseada mucho. Héctor entonces, á la orilla del río y á distancia de las naos, en sitio en que no había cadáveres ni sangre, sus guerreros hizo acampar. Y habiendo descendido de sus carros los Próceres de Troya, apoyado en su lanza les decía:

«¡Oídme todos, Teucros y Dardanios y demás auxiliares! Yo esperaba en este día, las aqueas naves quemadas y pasados á cuchillo los Griegos todos, en alegre triunfo

»volver á la ciudad; pero la oscura »tiniebla sobrevino, y ha salvado »la hueste de los Griegos y las naves »que del mar tienen en la vasta orilla. »Así, al mandato de la noche ahora »obedeced, y preparad la cena. »Desuncid de los carros los bridones, »dadles pasto abundoso, y sin tardanza »pingües ovejas y robustos bueyes »traed de la ciudad, de dulce vino »haced la provision, y de las casas »sacad sabroso pan. En estos bosques »leña se corte mucha, porque toda »la noche estén ardiendo, hasta que empiece »el día á clarear, muchas hogueras, »y al cielo suba el resplandor; no acaso »á favor de la noche los Aqueos »se apresuren á huir por la espaciosa »llanura de la mar. Y si en la fuga »se salvan, á lo ménos que tranquilos »y sin daño no suban en las naos. »Tenga alguno en su tierra que curarse »la dolorosa herida que le hiciere »aguda lanza ó voladora flecha »cuando vaya á saltar en su navío, »para que otro cualquiera se horrorice »de traer á los Teucros valerosos »la guerra asoladora. Los heraldos, »de Jove mensajeros, por pregones »en la ciudad anuncien que los mozos »en cuyo labio el bozo ya negrea, »y los ancianos cuya sien coronan »ya venerables canas, en los muros »por mano de los Dioses fabricados »en atalaya estén, y hasta las tiernas »mujeres de las casa, en el atrio »enciendan grandes fuegos, y extremada »la vigilancia sea; que podría »tal vez el enemigo cauteloso »la ciudad asaltar mientras ausentes »sus guerreros están. ¡ Fuertes Troyanos! »hágase como digo, y por ahora »estos avisos basten; que mañana, »así que empiece á clarear el día, »yo daré nuevas órdenes. Y espero, »en el favor de Jove confiado »y de los otros Dioses, á esos canes, »en mal hora venidos á esta playa »por el hado siniestro conducidos, »pronto arrojar de aquí; pero esta noche

»una sorpresa de evitar cuidemos. »Mañana, de la aurora al primer rayo, »tomando la armadura, en los navíos »sangrienta batalla empezaremos. »Y veré si el famoso Diómédes »desde las naves me rechaza al muro; »ó si despues de haberle atravesado »yo con mi larga pica, su armadura »ensangrentada por despojo llevo. »Mañana será el día en que demuestre »que es hombre de valor, si de mi lanza »el bote espera; pero yo le anuncio »que apenas haya el sol amanecido, »uno de los primeros en el polvo »derribado será, y al lado suyo »muchos de sus vallentes campeones. »Pluguiera al cielo que inmortal yo fuese »y nunca envejeciera, y venerado »fuese cuanto lo son Minerva y Febo, »como es cierto que el día de mañana »será funesto á las falanges griegas.» Así Héctor arengaba, y con ruidosa aclamacion las tropas aplaudieron. Del yugo los caballos desuncidos bañados en sudor, y con las bridas á la armella sujetos, los Troyanos pingües ovejas, corpulentos bueyes, sabroso pan y delicioso vino trajeron, y en el monte mucha leña cortaron, y despues á las Deidades víctimas ofrecieron numerosas. El viento vagaroso desde el valle hasta el cielo llevaba de las reses

el dulce olor; pero los altos Dioses no le gustaron, ni el obsequio pío grato les fué, porque de muchos era aborrecida Troya y el anciano Príamo con su pueblo belicoso.

De este modo los Teucros, engreidos con la victoria y de esperanza llenos, y repartidos en la gran llanura por escuádras, pasaron esta noche cerca de las hogueras numerosas que ardan en su vasto campamento. Cual en noche serena, en que agitada no es por el viento la region del éter, en torno de la luna radiantes brillan los astros, y su luz colora los riscos todos, la elevada cima de las montañas y las altas selvas, y del cielo la bóveda azulada en su inmensa extension pura aparece, y las estrellas todas se descubren, y se goza el pastor; tales y tantas ardan las hogueras que encendieron delante de Ilión, en la llanura que entre el río mediaba y los bajeles. Mil fuegos en el campo se veían, y en torno á cada hoguera, mil guerreros estaban reunidos, esperando á que sentada en el ebúrneo trono la aurora amaneciese á los mortales; y cerca de sus carros los bridones, de la blanca cebada y verde avena el abundoso pasto consumían.